

## CONVERSACIÓN CON NOÉ JITRIK SOBRE LA LITERATURA PUERTORRIQUEÑA

**JGG:** Noé, ¿cómo te acercas inicialmente a la literatura puertorriqueña? ¿Tiene algo que ver esa familiaridad con la amistad que trabaste en México con José Luis González o Carmen Vázquez Arce? ¿Se relaciona con tu estadía, en calidad de profesor visitante en la Universidad de Puerto Rico, en el verano de 1988?

**NJ:** Antes de saber nada sobre Puerto Rico yo había conocido la revista *Sin nombre* y las referencias que me había dado Ángel Rama, durante su permanencia en la isla. Pero mi primer contacto verdadero con la literatura puertorriqueña tiene su origen en mi profunda amistad con José Luis González, a quien conocí en 1972 y de quien me hice amigo en 1975. Lo leí entonces en México —formábamos parte de una *côterie* en la que estaban Augusto Monterroso, Ernesto Mejía Sánchez, Juan Rulfo, Ángel Rama, Luis Cardoza y Aragón. Luego, durante un curso dictado en El Colegio de México, conocí a Carmen Vázquez Arce, de quien también me hice amigo una vez que ella hubo regresado a la isla. Entre ambos tuvieron la generosidad de invitarme para participar de un homenaje que se le hacía a González y que me dio la oportunidad de conocer a varios notables escritores como Edgardo Rodríguez Julia, Ana Lydia Vega, Luis Rafael Sánchez, incluso a Tito Puente, que completó el interés que de inmediato me suscitó la isla. Pero, en ese momento, quien me introdujo a la problemática de la isla fue, indudablemente, José Luis, en particular con su libro *El país de cuatro pisos*. No sé cuándo conocí a Rosario Ferré ni dónde, pero sí que leí algunos de sus libros. Carmen me hizo conocer el extraordinario trabajo de su madre, Margot Arce, y el trabajo escultórico de su padre.

Más adelante, ya en el puesto de Directora de Letras, en Río Piedras, Carmen Vázquez me invitó a impartir un curso de verano, de dos meses, en la Universidad de Puerto Rico. En ese período no sólo consolidé los lazos con los ya mencionados, sino que hice nuevos amigos: Rubén Ríos, Olga Nolla, Juan Gelpí, Mayra Montero, Kalman Barys, mi gran amiga Julieta Muñoz y, naturalmente, los alumnos del Seminario. Se consolidaron mis relaciones con el notable Antonio Martorell en cuya casa, un curioso museo de arte popular, en las cercanías de San Juan, comencé una serie de artículos que salieron en el diario *El Mundo* durante mi estancia allí. Uno de ellos mereció la atención de Jaime Benítez, ex Rector de la Universidad y quien tanto había hecho por el exilio español. Me atraía el “enigma” Puerto Rico así como la calidad de sus artistas y la fuerza de sus escritores. Como me ocurre cuando estoy en otro país que no sea el mío, leí algo de su literatura, conocí algo de sus dilemas, nacionalismo, autonomismo, independentismo. Además, desde luego, el antiguo San Juan y su encanto.

**JGG:** ¿De qué modo incorporaste la literatura puertorriqueña en tu docencia en la Universidad de Buenos Aires?

**NJ:** Cuando volví a la Argentina, luego del exilio, en 1987, impartí un curso sobre novela histórica e hice leer *La llegada*, de José Luis González. Creo que eso disparó un interés por la literatura puertorriqueña. De ahí sale, me atrevo a conjeturarlo, el trabajo excelente de Elsa Noya en Buenos Aires y de otros universitarios en otros lugares de la Argentina. Se empezó a leer a Luis Rafael —con quien sigo manteniendo una esporádica correspondencia—, a Rodríguez Juliá —quien me visita cuando viene a Buenos Aires—, con Juan Gelpí —muy ligado al programa académico del Instituto de Literatura Hispanoamericana—, y, por otro lado, desde la perspectiva de la literatura de mujeres se conoció a la original y notable Ana Lydia, también querida amiga. Es claro que hay que diferenciar entre lo que llama la atención de la actualidad y lo que es el proceso literario. De este modo, me interesó la vanguardia puertorriqueña y escribí, incluso, un trabajo sobre Luis Palés Matos, el diepalismo y, de paso, la llegada del modernismo y su implantación. Por supuesto, seguí en ese momento la obra de Arcadio Díaz Quiñones, quien me iluminó sobre la obra de Luis Lloréns Torres, tan leído durante la modernización pos Estado Libre Asociado.

**JGG:** ¿Qué aspectos o autores has incluido en tus seminarios? ¿Qué aspectos te interesaron de la literatura puertorriqueña?

**NJ:** Como dije, la vanguardia me interesó vivamente, hasta el punto de escribir ese ensayo. No pude conocer la obra de De Diego-Padró, uno de los pocos prosistas de la vanguardia latinoamericana, y, sin duda, pero más distanciadamente, me interesó la ensayística sobre el pasado y el futuro de la isla. Esa labor la está encarando con gran competencia mi amiga Elsa Noya. Pero si se habla de “aspectos” debo decir que desde una exigencia de calidad y rigor no entiendo la cuestión, un tanto quejosa pero orgullosa, de la insularidad, simplemente porque no veo gran diferencia respecto de lo que se hace en el resto del continente. Literatura de primera línea, resistente, permeable, moderna y, por añadidura, presentando núcleos de significación que no tienen nada de provinciano ni de recluso.

**JGG:** A grandes rasgos, ¿cómo verías la relación de la literatura puertorriqueña con las otras literaturas de América Latina?

**NJ:** Se discute, ya se sabe, la existencia de “una” literatura latinoamericana; no tanto, que se denomina de ese modo a la suma de diversas literaturas. Si no me equivoco, Borges defendía esta posición y Octavio Paz, tal vez para llevarle la contra, la primera. Pero yo creo que en el fondo una y otra descansaban sobre la cuestión de la temática, de las peculiaridades de los asuntos y descartaban lo que podían ser los flujos secretos; dicho de otro modo, habría una unidad

en la literatura latinoamericana, incluido el Caribe, prácticamente desde los comienzos: neoclasicismo hubo en todas partes, romanticismo también, modernismo ni qué decir, vanguardia igualmente, así como otros aspectos vinculados con la circulación de las lecturas; por ejemplo, el diálogo entre oralidad y escritura está en todas partes, desde Rulfo hasta Luis Rafael Sánchez, aunque, por cierto, con modalidades estilísticas bien diferenciadas; se puede afirmar lo mismo en cuanto, por ejemplo, al rupturismo y a la cuestión de los géneros y la general y continental tendencia a desbordarlos o no respetarlos o violarlos. Si esto es cierto, no habría que poner el acento en las nacionalidades, sino en las conexiones y, por supuesto, en lo que llamaría el "reconocimiento" de la literatura como una dimensión cuyo lleno de significación resiste todos los ataques, en especial los que vienen de la trivialidad.

*Juan G. Gelpí*  
*Universidad de Puerto Rico*  
*Recinto de Río Piedras*